

**Apuntes de la Presentación de la Escuela de comunidad  
con Davide Prospero y S.E. monseñor Filippo Santoro  
en conexión por video, 23 de marzo de 2022**

*Texto de referencia: L. Giussani, Dar la vida por la obra de Otro, Encuentro, Madrid 2021, pp. 28-62.*

### **Davide Prospero**

¡Buenas noches! Antes de presentar la parte del texto de Escuela de comunidad que abordaremos las próximas semanas, queremos retomar brevemente el resultado del camino recorrido hasta ahora y las preguntas que ha suscitado. Han llegado muchas muestras del trabajo realizado, personalmente y por grupos. Algunas en forma de testimonio, otras como comentarios, y otras –la mayoría– como preguntas concretas, apremiantes, signo de la seriedad del trabajo que se ha hecho y de la riqueza de vuestra reflexión. La propuesta no nos ha dejado indiferentes. De hecho, más allá de los contenidos específicos, hay un elemento que emerge claramente en vuestros mensajes: los que han escrito se han dejado tocar y mover personalmente por este texto de Giussani, por este comienzo de la Escuela de comunidad. Las numerosas preguntas testimonian un deseo de identificarse con la experiencia de don Giussani, de no “dejar pasar” lo que no se entiende, de confrontarse con la propuesta personalmente, en definitiva, de no perder el tiempo, de caminar.

Resumo las preguntas más recurrentes, formuladas de manera sencilla:

#### **1. «Dios todo en todo»**

Que «Dios es todo en todo», ¿cómo lo descubro, dónde lo veo, qué camino hay que hacer para ser conscientes de ello?

En segundo lugar, ¿cómo incide en la vida la conciencia de que «Dios es todo en todo»? Por ejemplo, escribe una persona: «Ante el inmenso mal de la guerra que estamos viendo y que nos amenaza, ¿cómo incide el reconocimiento, el pararse a descubrir en los pliegues de nuestra jornada que Dios es todo en todo?».

Análogamente, «¿qué impacto tiene en la existencia partir de la ontología, como se nos sugiere? ¿De qué sirve partir de la ontología para vivir?».

#### **2. Panteísmo**

Mientras que la cuestión del nihilismo parece estar más clara, el tema del panteísmo ha suscitado muchas preguntas en diversos aspectos.

El texto dice: «Nihilismo y panteísmo destruyen este “yo” que define la dignidad del hombre, lo degradan a su aspecto animal» (p. 20). ¿Cómo reconocerlo cuando cedemos a la postura definida como «panteísmo»? ¿Cómo se manifiesta? En el fondo, no parece tan negativo pensar que somos parte indistinta de Dios.

Otra pregunta: cuando se dice que «Dios es todo», se comprende. Pero cuando se dice que, desde el punto de vista pasivo, «todo es de Dios», ¿no podría confundirse con el panteísmo? ¿Qué quiere decir que «todo es de Dios»?

#### **3. Petición de ser y extrañeza**

¿Qué significa «petición de ser»? «Normalmente –escribe una persona– la oración para mí consiste en pedir ayuda y no en pedir el ser. ¿Qué es lo que se me escapa?».

Escribe Giussani: «En lugar de la familiaridad con Dios en el paraíso, que pasea con Adán y Eva en la brisa de la tarde, se adopta la elección de la extrañeza. Adán y Eva, en vez de caminar con Dios, siguieron a un extraño, a algo extraño a su propia experiencia» (p. 26). La pregunta es: «¿por qué el hombre cede a la opción de la extrañeza?». Y también: «¿Cómo combatir esta extrañeza en nuestra propia experiencia?».

Doy las gracias a monseñor Filippo Santoro, que esta noche también nos ayudará con este trabajo, en primer lugar respondiendo a estas preguntas y luego presentándonos la siguiente parte del texto *Dar la vida por la obra de Otro*, que trabajaremos las próximas semanas, hasta los Ejercicios de la Fraternidad.

## Filippo Santoro

Gracias, Davide. Yo empezaría rezando un *Gloria* al Espíritu Santo, a la Santísima Trinidad, para que nos ilumine en este camino de Escuela de comunidad. Lo rezamos juntos.

*Gloria*  
*Veni Sancte Spiritus*

### Introducción (repaso de la primera lección)

Un cordial saludo a todos. Como decía Davide, el encuentro de esta noche está compuesto por dos momentos. En el primero responderé a las preguntas planteadas y en el segundo presentaré el nuevo texto de la Escuela de comunidad, titulado «Cristo todo en todos».

En primer lugar, felicidades por los dos cantos iniciales y especialmente por el tema tan bien interpretado de Amália Rodrigues, *Foi Deus*, porque este *fado* expresa muy bien que «Dios es todo en todo».

Antes de responder a las preguntas, quiero señalar cuál es la actitud más adecuada para adentrarnos en la comprensión del texto de don Giussani. Esta actitud me ha sido sugerida en una discusión preparatoria que hemos tenido, en la que yo expresaba la exigencia de entender qué es lo que movía a Giussani cuando tuvo esta intervención en 1997. Para clarificar esa actitud de fondo, parto de una documentación que me ha proporcionado Alberto Savorana, y que se encuentra en la biografía *Luigi Giussani. Su vida*, en el capítulo 32, titulado «La vejez ha aparecido repentinamente en mí» (pp. 1016-1018 y p. 1029).

Escribe Alberto:

«El mes de junio de 1996 lo iba a recordar Giussani como fundamental para su vida. Habló extensamente de ello un año después; al reunirse con los monjes benedictinos de la Cascinazza, les reveló que había hecho un descubrimiento: “La vejez ha aparecido repentinamente en mí”. [...] Y continuó: “El Señor me ha hecho comprender repentinamente, y por eso ha hecho que surgiera repentinamente la conciencia de la edad que pasaba [...] a los setenta y cuatro años exactos”. [...] En un momento dado, tuvo que rendirse a la evidencia. Para Giussani esta rendición tuvo una fecha precisa. “Cierta día de junio del año pasado (1996, *nda*) se despertó en mí esta conciencia”. En ese periodo Giussani se vio obligado a recibir ayuda para las necesidades cotidianas, y pensó: “[...] ¡Pero mira [...] qué fin! El hombre termina en nada”; esta consideración, admitía, estaba ligada al hecho de que “el nihilismo es la tentación que subyace de forma brutal a la mentalidad de hoy”. Pocos instantes antes Giussani había estado escuchando a Beethoven, y eso le hizo pensar que también “Beethoven, que escribió la Novena Sinfonía, iba a terminar así, ¡terminó así! La *Divina Comedia* de Dante... Terminan así”. Pero al mismo tiempo sentía un movimiento de rebeldía dentro de sí: “Es imposible”, pensaba, y enseguida se preguntaba si existía algo que liberara de esta nada. “Y brotó en mí, con una claridad que era como tocar el rostro de mi madre: el yo. ¡El yo! Cuando digo yo, no soy así”, es decir, una nada. En un lugar distinto Giussani contará con otras palabras esa misma experiencia: “*Corpus quod corrumpitur aggravat animam*, dice la Biblia: el cuerpo que se corrompe grava, pesa en el alma. Pero sobre todo me decía a mí mismo: ‘¡No es posible que yo termine así! ¿Qué hay más allá de esta fisicidad corruptible? En el fondo, ¿qué es esta realidad mía –¡mía!–?’. El yo”. Aquella semana de junio, que transcurrió entre pruebas médicas, estuvo llena de descubrimientos para Giussani, como le ocurría desde hacía tiempo; en efecto “Dios, en estos últimos tres o cuatro años, me ha hecho estar lleno de pensamientos, de intuiciones, más que en toda mi historia personal, en la historia que he tenido”. Esa circunstancia le abrió sobre todo el camino para la solución del problema: “El día después, después de pasar toda la noche pensando en estas cosas, comprendí de repente por qué dice san pablo que ‘Dios es todo en todo’. Si Beethoven, Dante y yo acabamos siendo polvo” y si, por otra parte, Dios es todo en todo “de un modo tan integral, yo ¿quién soy?, mi

madre ¿quién es?”. Giussani pensaba: “O apariencia, y por tanto nada, como Anquises [una sombra, *nda*] en los brazos de Eneas, o bien parte del todo. Nihilismo y panteísmo son los dos extremos del pensamiento humano. O parte del todo, o nada”. Giussani revelaba a los monjes: “Nunca me había hecho este razonamiento conscientemente. Me lo hice el año pasado en junio”. [...] Todo parecía desarrollarse como si, a través de los límites que imponía la edad, el Señor le hiciera probar a Giussani la experiencia de una virtud, que en realidad jamás se había cansado de practicar: la obediencia, a la manera de Jesús; *Christus, factus oboediens usque ad mortem*, esto es, Cristo obediente hasta la muerte, aceptando la cruz, “demostró su verdad. ‘Dios es todo en todo’, pero ‘Cristo es todo en todos’. ¿Qué quiere decir? Que Cristo es el hombre en el que se comprende quién es el hombre y quién es Dios”».

El texto continúa:

«Esos Ejercicios espirituales [de 1997] son una de las cimas más altas de la reflexión de Giussani, un cuerpo a cuerpo radical con los interrogantes que han atravesado desde siempre y siguen atravesando el pensamiento humano, filosófico y no filosófico. Como se ha visto, Giussani no tenía miedo de pensar, no se echaba para atrás ante las preguntas que brotan de la experiencia humana, de la suya y de la de los demás, y en estas lecciones demostró una audacia ejemplar. No es casual que hablara de ellos como de sus Ejercicios más “reflexivos” (como dirá el 15 de noviembre de 1998, hablando a un grupo de novicios de los *Memores Domini*. “Releed los Ejercicios de la Fraternidad del año pasado, porque creo que son la expresión más avanzada de nuestro modo de concebir la vida, de nuestra forma de percibir”). Nihilismo y panteísmo representan dos tentaciones permanentes del pensamiento humano ante la cuestión del origen y de la consistencia de las cosas, pero sobre todo ante la realidad del yo: constituyen las versiones opuestas de una misma capitulación de la razón que, al no lograr afrontar el problema que plantea el ser, la existencia, niega o disuelve lo que se trataría de explicar. Para los miles de participantes en aquellos Ejercicios fue un testimonio excepcional verle afrontar con una profundidad inaudita, vertiginosa, las preguntas que su situación le planteaba como urgentes y que cualquier hombre no puede dejar de sentir como decisivas, frente a las cuales la razón sufre la tentación de reducir las o de cerrarlas» (A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015).

Por tanto, más que la comprensión analítica de cada paso, quiero subrayar el impacto con un acontecimiento, con la actitud con que don Giussani afrontó estos problemas. Esta poderosa actitud de don Giussani frente a la vida, con estas dos grandes tentaciones –nihilismo y panteísmo–, me han resultado aún más claras gracias un mensaje que he recibido de una amiga española que me dice: «Este es el método de Giussani. En ese momento, marcado por la vejez, por el peso de la enfermedad, por los límites físicos que lo ponían diariamente ante la idea de las cosas que pasan, se acaban, terminan, ¿qué hace este hombre? ¿Empieza a quejarse? ¿Maldice a Dios? ¿Se resigna? No. En vez de retirarse, resignarse o soportar las circunstancias, él reacciona con un impulso de reanudación, superando las apariencias y comprometiendo todo su ser y su inteligencia en la búsqueda de la verdad, que ya conoce, pero que aún está por redescubrir en lo más hondo de su ser. Las dos lecciones de ese año 1997 nos muestran la autoconciencia de un hombre frente a la gran Presencia. Estaba derrumbado, temía que sus dificultades de dicción complicaran la comprensión de lo que decía. ¿Qué hace entonces? Decide grabar las lecciones y prepararlas aún con más esmero porque le urgía seguir recorriendo apasionadamente este camino con sus amigos –Giussani ya nos estaba amando a todos nosotros–, a “los que conozco y [a] los que no conozco todavía, pero a los que me siento profundamente unido”. Mientras dice estas cosas, don Giussani está pensando en cada uno de nosotros, quiere sacarnos de la tentación del nihilismo y del panteísmo, de la disolución del yo (donde en último término cada uno lo que quiera). ¿Cuáles eran sus dos grandes preocupaciones? No eran: “Cuando muera, cuando deje de andar, cuando no pueda hablar”. Sus preocupaciones eran dos: ¿qué es Dios para el hombre y cómo podemos conocerlo? Aunque su condición física era dolorosa y terrible, su pasión por el hecho cristiano le llevó a superarse por nosotros. Si todo se desvanece, ¿qué

sentido tiene vivir? El sentido está claro, el sentido es que hay Alguien que nos invita y nos crea: “¿Quieres existir?”. Y luego nos dice: “¿Me ayudas?”, como te dijo Giussani, don Filippo: “¿Te gustaría ir a Brasil?”. Tú contabas el impacto que te causó ver a esos 52 jóvenes que entregaban toda su vida a Cristo».

Esta certeza hay que custodiársela siempre. Y lo hacemos con la Escuela de comunidad.

Por tanto, hay que estar atentos para aprender los contenidos de la Escuela de comunidad. Insisto, más que analizar cada paso, se trata de percibir el impacto del ser. ¿Qué queda de lo que soy yo? ¿Está reducido a nada? ¿Se disuelve en el todo (que es otra manera confusa de acabar en la nada), de tal modo que ya no existo?

Pasamos ahora a responder las preguntas más recurrentes que indicaba Davide.

### 1. «Dios todo en todo»

¿Cómo tomamos conciencia de que Dios es todo en todo? Lo hemos oído muchas veces; emerge en la experiencia. No nos hemos hecho, no nos hacemos, lo más hermoso de la vida, los encuentros más decisivos, nos son dados como un don. No podemos añadir un solo día a nuestra existencia, la persona que amamos se nos puede quitar en un instante. En definitiva, cada día, con formas e intensidades distintas, la experiencia nos dice que la realidad es de Otro, la realidad es don de Otro. Lo experimentamos cuando el Misterio nos sale al encuentro abiertamente como un bien y cuando parece que nos oculta su rostro, como cuando hemos perdido a seres queridos por el Covid. ¿Pero dónde estarían nuestros seres queridos, si en el origen no estuviera el Ser que los creó y los hizo para siempre? ¡Los hizo para siempre! Por ello, la experiencia –aun cuando es dramática y dolorosa– nos revela el origen bueno que tiene nuestra vida, la consistencia de nuestro ser.

En la tragedia de la guerra a la que nos enfrentamos estos días, surgen con violenta crudeza dos cosas que nos dice esta lección.

- En primer lugar, el misterio de la libertad humana, que puede rechazar al «Dios todo en todo»; el pecado es la negación del Dios todo en todo, como uno que sustituye a Dios, el misterio de la libertad humana puede rechazar al Dios todo en todo.

- En segundo lugar, el misterio del hecho de que Dios consienta, permita este mal, porque no sustituye a la libertad humana. Aquí nos salen al encuentro las palabras de Benedicto XVI en la *Deus Caritas Est*, n. 38. «A menudo no se nos da a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir. Por otra parte, Él tampoco nos impide gritar como Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46). Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia?” (Ap 6,10). San Agustín da a este sufrimiento nuestro la respuesta de la fe: [...] –Si lo comprendes, entonces no es Dios– [es tu medida]. Nuestra protesta no quiere desafiar a Dios, ni insinuar en Él algún error, debilidad o indiferencia [...]. Los cristianos [...] siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la “bondad de Dios” y en “su amor al hombre” (Tt 3,4)», que se manifiesta, que ha entrado en nuestra historia y se ha acercado a cada uno de nosotros. ¿Pero veis qué cosas tan contradictorias? El desastre de la guerra y la acogida que Europa está dando a los refugiados, la acogida que algunos de nosotros están dando a una amiga nuestra que ha venido en autobús desde Ucrania con sus niños, después de 50 horas de viaje. ¡Hay un corazón que late, un corazón que pulsa!

Partir de este juicio, por un lado, no niega el abismo del misterio en que estamos inmersos y, por otro, permite experimentar que dentro de este abismo brota una humildad, una fuerza de aceptación, una fuerza de juicio sobre las cosas, un ímpetu de caridad y acogida.

Aquí está la respuesta a la pregunta sobre el impacto que tiene en la existencia partir de la ontología. Ese impulso a pedir el ser. Es la petición con la que participamos en el gran gesto de la Consagración al Corazón Inmaculado de María de Rusia y Ucrania, el 25 de marzo, con el papa Francisco, un gesto que pone en el origen de nuestro juicio un momento de petición y oración por la paz.

Partir de la ontología es lo que nos impulsa a acoger a los ucranianos (como están haciendo muchas familias; en Taranto también hemos acogido en el centro nocturno de la diócesis a diez mujeres con sus niños; y son muchos los que han abierto de par en par su corazón), acoger a los hijos, al marido, a la mujer, al vecino o al compañero que nos pide perdón. ¿Pero quién nos hará capaces de esto sino el Espíritu, y cómo podrá ayudarnos si vivimos alienados porque «todo conspira a callar en nosotros» y nuestras jornadas se ven arrastradas por las cosas que pasan y, en último término, por el poder? Nos sentimos arrastrados para no prestar atención a la ontología, a lo que constituye nuestro ser; vivimos distraídos, ¡distraídos! Por eso, partir de la ontología nos devuelve a la posición adecuada.

Empecemos cada mañana rezando el Ángelus, haciendo memoria de que el Verbo se hace carne, es decir, que la ontología entra en la historia, en nuestra vida. Fijad por un instante la atención en el Tú al que os dirigís, el Tú que nos sale al encuentro con la luz. Luego ese instante «trabaja la tierra de la jornada» –según una gracia misteriosa– y puede hacer más fácil el perdón, la reanudación, incluso el coraje de dar una respuesta distinta, o el silencio. Empecemos cada mañana partiendo de esta ontología, poniéndonos delante de este Tú.

## 2. Panteísmo

El tema del panteísmo ha suscitado muchas preguntas. Siempre debemos pensar que todo error es una verdad enloquecida. El panteísmo no es ajeno al reconocimiento de que «Dios es todo en todo», pero olvida una cosa: que Dios es creador y nosotros somos criatura. El panteísmo es ante todo un error ontológico. No somos un pedazo de Dios, somos criaturas de Dios. Somos nada frente a Dios pero somos libres ante Dios. Somos criaturas suyas.

De un error ontológico deriva un error ético, práctico: olvidar que la criatura responde a su creador. Tiene por tanto una responsabilidad ante Dios, ante cada hombre, ante la naturaleza.

Renunciar a esta responsabilidad, la enfermedad de “querer desaparecer en el todo” (panteísmo), no es frecuente en el movimiento porque se aleja de nuestro temperamento. Pero ha conquistado a muchos en Occidente – pensemos en la facilidad con que se pide la eutanasia: la vida es dura, fea, y hace deseable la nada, hundirse en la nada resulta deseable. Me temo que entre nosotros también se empiezan a notar sus síntomas. Pienso en el miedo a vivir y a salir de casa que afecta a muchos de nuestros jóvenes después de la pandemia. Es un miedo que también predomina en nuestras comunidades y parroquias, miedo a vivir que tantas veces sentimos también nosotros.

«Todo es de Dios». Lo leemos en los laudes del lunes: «En efecto, en Él vivimos, nos movemos y existimos». Cada cosa, por el mero hecho de existir, tiene en común con Dios la existencia, participa de la existencia de Dios, participa del Ser.

Recordar que existimos en Él, en su Presencia, no comporta la insignificancia del yo, sino la grandeza de todo, da peso a cada palabra, como decía Jesús. La distinción entre Él y yo no confunde mi humanidad con la Suya, establece la posibilidad de un diálogo entre mi libertad y la Suya, de una relación –como se dirá más adelante– de amistad.

Solo así es posible el coraje de sostener la esperanza de los hombres, si participamos del ser de Dios sin confusiones.

## 3. Petición de ser y extrañeza

Cuando pedimos que algo vaya de cierta manera, que un tratamiento tenga efecto, que la persona amada nos diga que sí, cuando pedimos aprobar un examen, todo eso es petición de ser, de ser más: petición de cumplimiento, de felicidad.

Cuando una madre le pide al niño que se coma la fruta por su bien, ¿cuál es ese bien? Hacerse mayor, ser amado, que se vida se cumpla, ser feliz, ¿y al final? Una madre, ante las posibles tristezas que su hijo deberá atravesar, sabe que lo que garantiza su posibilidad de alegría es el encuentro con Cristo. No sé cuántas veces le pedirá que coma fruta con esta profundidad, pero estadísticamente creo que muchas más de las que la propia madre cree.

No debemos contraponer el bien pequeño con el grande. Ayudémonos a recordar –porque podemos olvidarlo– que el bien pequeño avanza hacia el grande. Si lo negamos intencionadamente es porque

queremos poseer al otro de manera egoísta, porque en nuestra relación se introduce algo extraño. La extrañeza depende de la presencia de algo ajeno a la historia en la que el Misterio se manifiesta, que quiere contaminar la conciencia y hasta anular los hechos en los que el Señor se ha manifestado y se manifiesta. La extrañeza nos instiga a vivir como si en nuestra vida no hubiera habido ningún encuentro, ningún hecho de salvación. Es la mentira suprema.

¿Por qué cedemos? Dicho sencillamente, porque hay un desorden originario aliado con la cultura de nuestro tiempo. Es el misterio del pecado original, el nombre que podemos dar a rebelarse contra el «Dios todo en todo». Se empieza con cierta reticencia ante la presencia del Señor (dejándolo a un lado en nuestra vida) y ante su plan de salvación; y luego, si no se reacciona, se acaba cayendo en la negación del encuentro. Nosotros también podemos caer en la negación del encuentro. Es la tentación de sustituir la presencia del Misterio por algo que nosotros controlamos y dominamos (por el poder, como decíamos). Igual que le pasó a Jesús en el desierto, pero Él la venció reafirmando la presencia del Padre. La Cuaresma es precisamente el tiempo en que nos convertimos al Señor y vencemos con Él.

¿Cómo combatir esta extrañeza? Mediante la familiaridad con el Señor que hemos encontrado en nuestra historia. Cuando estaba en Brasil, el padre Massimo Cenci y el padre Giuliano Frigeni me contaron una vez el primer encuentro que el padre Massimo tuvo con los indios. Se reunieron todos, y todos estaban atentos, parecían atentísimos, así que él volvió triunfante a la casa del PIME (*Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, ndt.*) y dijo: «¡Gran éxito! ¡Han venido de todas partes y han estado atentísimos!». El padre más anciano le dijo: «Pregúntales qué han entendido», y el padre Massimo volvió a reunirlos y les preguntó: «¿Qué habéis entendido de lo que os dije?»; uno de ellos dijo: «*È o senhor que sabe*» (usted ya lo sabe), señal de que no habían entendido nada. Entonces el padre Massimo entró en crisis y dijo: «No sirve para nada lo que he hecho, me vuelvo a Italia». El padre Giuliano no le dio ningún discurso, solo le dijo: «Don Giussani...» y empezó a nombrar a todos sus amigos, como memoria de lo que el Señor hace en nuestra historia. Entonces el padre Massimo se dio la vuelta y volvió a empezar con un método distinto la relación con aquella gente. En vez de hacer grandes eventos, empezó a cuidar la relación con ellos. De ahí nacieron vocaciones y ¡nació el movimiento en Manaos! La extrañeza se vence sobre todo profundizando en la familiaridad con el Señor que se manifiesta en la historia.

Esta familiaridad se convierte en oración, en petición de ser: «Ven Señor Jesús en esta circunstancia». También con la ayuda de signos objetivos, como los sacramentos, la Escuela de comunidad –esos valiosos diez minutos– y con la familiaridad entre nosotros, la comunión entre nosotros, nuestra compañía vocacional, donde hallamos el conforto de la cercanía, la claridad de juicio, la penetración en el misterio de las cosas, el atractivo de la verdad. ¿Pensaríamos en estas cosas que nos decimos si no existiera nuestra compañía? En nuestra comunión encontramos acogida, consuelo, perdón, hasta esa gran palabra definitiva que es la palabra «misericordia».

Pasamos ahora a la segunda parte de esta velada, con la presentación del nuevo texto de Escuela de comunidad.

### «CRISTO TODO EN TODOS»

Después de plantear en la primera lección la gran pregunta: «¿qué es Dios para el hombre?», la segunda lección plantea otra pregunta fundamental: si Dios es todo en todo, «¿cómo podemos conocerlo por lo que es?» (p. 12).

La respuesta nos llega en otro versículo de san Pablo, tomado de la carta a los Colosenses. «Cristo es todo en todos» (Col 3 3, 11).

En primer lugar (estamos en la p. 28) el texto nos propone una cita de san Máximo el Confesor. Debemos leerla atentamente, palabra por palabra, pues Giussani nos dice incluso que es «la síntesis de las raíces profundas de todo lo que pensamos y sentimos en nuestra aquilatada fe».

La cita dice: «Cristo es [...] todo en todos, Él encierra todo en sí, según el poder único, infinito y sapientísimo de su bondad –como un centro en el que convergen [todas] las líneas– para que las criaturas del Dios único no sean extrañas y enemigas las unas de las otras, sino que tengan un lugar común en el que manifestar su amistad y su paz» (p. 28). Debéis leerla con calma, con atención. Los diez minutos se irán solo meditando esta preciosa frase de san Máximo el Confesor.

Pensad cómo estas palabras, estos días más que nunca, ponen voz al grito de nuestro corazón: «¡Señor, tú que eres todo en todos, ven! ¡Ven en esta circunstancia de la guerra! ¡Tú que lo encierras todo en ti, ven! Haz que las criaturas del Dios único no sean extrañas y enemigas, haz que los pueblos en guerra no sean enemigos, que ningún refugiado nos sea extraño. Danos un lugar y haznos constructores de lugares donde la amistad y la paz encuentren su morada. Amistad y paz».

## 1. Naturaleza y destino del hombre

Pero veamos ahora cómo don Giussani se dispone a explicarnos este «Cristo todo en todos».

En esta lección también antepone el valor ontológico sobre el ético.

- «Dios todo en todo» es la naturaleza de las cosas, el ser de las cosas, que se manifestará plenamente en el último día, en la meta final: el Paraíso. «Dios todo en todo» es el momento final, pero presente ya en la realidad desde su origen.

- Así, «Cristo todo en todos», en su valor ontológico, expresa el nexo entre la persona de Cristo y la naturaleza y destino de cada hombre. Hay un nexo entre la persona de Jesús y cada persona que nace y viene a este mundo. Fijaos, ¡Él es el nexo con cada persona que nace en este mundo! Hay un nexo entre Cristo y todos –¡todos!– los que nacen. Este es el sentido del último discurso que en el Cenáculo, antes de morir, Jesús dirige al Padre: «Me has dado poder sobre cada ser humano para que yo dé la vida eterna a todos los que me has confiado» (cfr. *Jn. 17,2*). Es una vida que pasa en nosotros mediante el Señor, Cristo, el Ser, la ontología que entra en nuestra historia.

Por su valor ontológico, «Cristo todo en todos» resulta decisivo para la autoconciencia del hombre (y por tanto, para su moral). «Todo en todos» indica que Cristo es la fuente originaria, el ejemplo último y adecuado para que el hombre pueda concebir y vivir su relación con todo. «Cristo todo en todos» nos indica cómo vivir la relación con todas las personas y con la realidad entera. Aquí reside el valor moral de la relación con el Creador, el hombre (la criatura por excelencia), la sociedad y la historia.

## 2. Imitar a Cristo

En este punto don Giussani nos ayuda a entender que, esencialmente, la moral es imitación de Cristo. Si para el hombre la relación con Dios es relación con Jesús, entonces la moral consiste para ese hombre en imitar el comportamiento de Cristo. Él es el Maestro que descubrir, escuchar y seguir. Como hicieron los dos primeros: «Maestro, ¿dónde vives?». «Ven y verás». También nosotros hemos ido al encuentro con Él, nos hemos abierto de par en par y hemos visto.

Giussani añade que Cristo continúa en la historia de todos los tiempos dentro del misterio de la Iglesia. Ese «Maestro, ¿dónde vives?» nos ha sucedido en la Iglesia, mediante una compañía que nos ha alcanzado y nos alcanza hoy: la Iglesia, con sus capilares. Por eso, la invitación a imitar a Cristo es para todos los hombres, pero en primer lugar para los bautizados, como muestra de manera auténtica la Iglesia.

En este punto nos recuerda el valor de la autoridad, con palabras en las que debemos detenernos en este momento. Leo en la página 30: «Desde el punto de vista institucional, la autoridad [acababa de mencionar la autoridad del Papa] es la forma contingente que la presencia de Jesús resucitado utiliza como expresión operativa de su amistad con el hombre, conmigo, contigo, con cada uno de nosotros. Este es el aspecto más impresionante del misterio de la Iglesia, el que más impresiona al amor propio del hombre, a la misma razón del hombre», que quisiera dominar el universo entero. El Señor se vale del pescador de Galilea para ser punto de referencia de la unidad y del juicio.

Por tanto, si para el hombre la moral consiste en imitar a Cristo, el comportamiento de Cristo, don Giussani plantea en este punto (p. 32) la pregunta que desarrollará a lo largo de toda la lección: ¿cuál es el comportamiento de Cristo hacia Dios, hacia el hombre, hacia la sociedad y hacia la historia?

Me referiré brevemente a estos cuatro puntos para facilitar la lectura.

## 1. El comportamiento de Jesús hacia Dios

*Este primer punto se corresponde con los puntos 3 (Dios es Padre), 4 (El comportamiento de Jesús hacia el Padre) y 5 (De la amistad, la moralidad).*

El rasgo fundamental del ser de Jesús es el reconocimiento de que Dios es Padre. Todo el evangelio está plagado de pasajes que nos hablan de esta conciencia que tiene Cristo del Misterio. «En la conciencia de Jesús domina la presencia del Padre, del “Dios que es todo en todo”» (p. 32).

De este Misterio como Padre, Jesús destaca (p. 33):

- a) la potencia creativa: el Creador.
- b) la perfección suprema.
- c) el factor supremo: la misericordia.

Fijaos en lo que significan para nosotros, llamados a imitar a Jesús, estas tres actitudes de Jesús:

- a) Imitar a Jesús en el reconocimiento del Padre como creador quiere decir vivir la religiosidad en cada gesto. Es el ofrecimiento: el valor de mi relación con cualquier realidad de mi vida es Cristo.
- b) Ser perfectos como el Padre es algo que en el hombre solo sucede como gracia. El hilo de la moralidad es por tanto la petición sincera de esta gracia. Por eso en la moral prevalecen la petición y el mendigar, y no el logro de los propósitos (p. 36).
- c) Por último, Jesús vino a desvelar completamente que la relación del Misterio hacia su criatura es amor y por tanto *misericordia* (p. 36). Dice Giussani: «La misericordia [...] indica la postura que el Misterio tiene ante cualquier debilidad [somos frágiles y Él nos alcanza mediante Su misericordia], error u olvido humanos: Dios, frente a cualquier delito que cometa el hombre, le ama» (pp. 36-37).

Ante esto, ¿cuál es entonces la cumbre de nuestra moralidad? El reconocimiento y la aceptación de esta misericordia. «No se puede mendigar de Dios Padre sino como abandono a una misericordia» (p. 37).

En este punto introduce la palabra «amistad». Amistad, una palabra que se encuentra también en la propuesta de modificación de los Estatutos de los *Memores*, es un punto fundamental en toda nuestra vida.

El valor supremo de la amistad era un tema que preocupaba a don Giussani aquellos años. De ahí que «Tú o de la amistad» fuera el lema de los Ejercicios de 1997, un lema que –entre otras cosas– se retomaba en el título de un libro de don Giussani publicado unos meses después.

El comportamiento de Jesús con el Padre, que es reconocimiento y aceptación del Misterio como Misericordia, representa «*la realización suprema de la amistad*» (p.37).

La relación de Jesús con el Padre es amistad. La amistad comporta reciprocidad. La iniciativa es de Dios, pero el Hijo responde al Padre. «Jesús reconoce y acepta como hombre ser él la misericordia del Padre. Así es como acepta morir: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”. Igual que para el hombre Jesús la obediencia al Padre representa la fuente y el vértice de la virtud, para el hombre la moralidad nace [como amistad] como simpatía prevalente, irresistible, hacia una persona presente: hacia Jesús [¿cómo no detenerse ante estas palabras?]. Por encima de todo –atracción, dolor y delito– prevalece el apego a Jesús. La moralidad del hombre nace así como amistad con Dios como Misterio y, por tanto, con Jesús, por medio del cual y en el cual se desvela, se revela y se comunica el Misterio. Verdadera amistad es toda relación en la que se comparten las necesidades del otro en su significado último, es decir, el destino hacia el que toda necesidad tiende [amistad en la que en medio está el destino] y que es objeto del hambre y la sed del hombre. Para el hombre, aceptar ese amor que se expresa en acatar la voluntad de Dios, del Misterio que, al hacerse hombre en Jesús, acepta la muerte, su muerte por todos sus hijos, es la fuente de la moralidad [porque Él nos ha querido hasta el fin, y este es el punto de partida de nuestra moralidad], que nace como amistad con Dios. [...] Él acepta este Misterio que se le comunica [...] para todo hombre, la moralidad nace como amistad con él, con Dios en Jesús» (pp. 37-38). ¡Qué belleza! Dan ganas de seguir leyendo, de detenerse en estas páginas, en estas palabras.

Sigue diciendo Giussani: «La moralidad nace como amistad con Dios como Misterio y, por lo tanto, con Jesús. La relación del hombre con Dios como Misterio y, por lo tanto, con Jesús, empieza y se cumple en todo su alcance y sencillez, su verdad y seguridad, en el *sí* de san Pedro a Jesús, cuando le pregunta: “Simón, ¿me amas?”. [...] Por eso la moralidad, para el cristiano, es *adhesión amorosa*» (p. 38).

Toda relación de amistad es por tanto un don que recibimos, un don al que respondemos. Es como el encuentro con el movimiento: lo recibimos como un don y respondemos con nuestro «sí». «Simón, ¿me amas?», «Tú sabes que te quiero».

Con el tiempo, como un don, en todas las relaciones se comparte la necesidad del otro en su significado último, es decir, en ese destino al que tiende toda necesidad y que constituye el término del hambre y sed del hombre (p. 37).

Tras la Asamblea que sigue a la lección, hay una página sobre la amistad que es demasiado hermosa para no leerla juntos (p. 56):

«Lo más sublime de una actitud moral como la que Cristo nos enseña es que todo acto vivido como relación con Dios, con Jesús, con la humanidad de cada persona y de la sociedad, es amistad. Toda relación humana, en efecto, o es amistad o es algo carente, deficiente o engañoso. [...] Toda relación es amistad en cuanto que es un don, o tiene la posibilidad de serlo, que nos viene de Dios, o de Cristo o de la Iglesia, o de la historia del hombre. La amistad es un don que nosotros hospedamos y aceptamos. Y hospedar y aceptar este don es lo que hace recíproco el amor que posee quien nos lo ha dado; aceptarlo es el amor que nosotros demostramos a quien nos lo ha dado. En este sentido, la amistad es una reciprocidad de amor, una entrega recíproca, porque para un ser creado, como es el hombre, la forma suprema del amor a Dios es aceptar ser hecho por Él, aceptar ser, aceptar el ser como algo que no es propio sino dado».

¿Se entiende la diferencia entre el panteísmo y el cristianismo?

## 2. El comportamiento de Jesús hacia el hombre

*Estamos en el punto 6: Luz, fuerza y ayuda para el hombre (p. 38)*

Aquí don Giussani resume el comportamiento de Jesús hacia el hombre, cómo comparte nuestra vida, con tres palabras: luz, fuerza y ayuda.

a) Jesús es fuente de **luz**, es decir, de claridad y verdad (p. 38).

Los valores con los que juzgar son lo que nos vienen de Jesús como presencia actual, en la comunidad de la Iglesia a la que se pertenece, que es el aspecto visible de Su rostro.

«Escuchar la voz de la autoridad, y por tanto del Papa y de los actos oficiales de la Iglesia, es como el antídoto contra la invasión de los eslóganes de los medios de comunicación de masas» (p. 39).

b) Jesús es fuente de **fuerza**. «Sin mí no podéis hacer nada». Aquí vuelve la cuestión del mendigo: somos mendigos y la forma de mendigar que nos muestra Cristo son los sacramentos, forma suprema de oración.

c) Jesús es fuente de **ayuda**. «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve». Igual que para nosotros, para Jesús las relaciones con los demás consisten en compartir. El alma secreta de toda relación y amistad es querer el destino del otro y aceptar que el otro quiere mi destino. La amistad cristiana es amistad fraterna, es la amistad más familiar.

## 3. El comportamiento de Jesús hacia la sociedad

*Corresponde a la primera parte del punto 7: Dentro de la historia del mundo: ecumenismo y paz (pp. 42 a 44).*

Son muy sugerentes los pasajes sobre el comportamiento de Jesús hacia la patria, el poder político y la historia, un comportamiento que tiene como finalidad la generación de un pueblo mediante la vida comunitaria. De este modo se realiza el ecumenismo y la construcción de la paz. Don Giussani no se queda, digamos, en lo “privado”, en las relaciones con el otro. Nos pone delante el comportamiento de Jesús hacia la sociedad, llegando hasta el nivel institucional, hasta hablar de la patria y el poder político, de la construcción de un pueblo, de la construcción de la paz.

¡Qué valor adquiere esta integridad en el momento histórico que estamos viviendo!

a) En primer lugar, el amor a la patria, al pueblo en su patria. Pensemos en Jesús cuando, frente al esplendor dorado del templo iluminado por la puesta de sol, lloró por el destino de su ciudad, esa ciudad que le mataría unas semanas después. Dice don Giussani: «Era una piedad como la de una madre que se aferra a su hijo para no dejarlo ir por el camino mortal que tomaría». Por ello, a imitación de Cristo, el amor a la patria «es una implicación profunda de la *pietas* cristiana. Pero lo es en cuanto que la patria está en función del bienestar terreno y del bien eterno de toda la humanidad» (p. 44).

b) En segundo lugar, la actitud de Jesús hacia el poder político. No lo desprecia, pero «su posible positividad terrena solo se da si se mueve en función del universo, de todos en el mundo» (p. 43).

¿Acaso esto no ilumina el momento actual?

#### 4. El comportamiento de Jesús hacia la historia

*Este punto se explicita en la segunda parte del punto 7, que empieza en la página 44.*

En el texto hay una parte espléndida: «Igual que para Jesús el sentido de la historia era el cumplimiento de la voluntad del Padre [...] para el hombre el sentido de la historia es [...] la gloria humana de Cristo. Por tanto, imitar a Cristo significa vivirlo todo cada día para afirmar [...] la gloria humana de Cristo» (p. 44).

Es muy sencillo. Por eso siempre hablo de mis encuentros con los novicios que hicieron la profesión, de nuestra amiga que fue a la peluquera y de cómo esta quedó impactada, y si queda impactada («¡me gustaría ser como tú!») es por la gloria humana de Cristo que se manifiesta. Imitar a Jesús, seguir al Señor, permanecer en relación con Él vence ante cualquier intento por parte del poder.

Eso se llama testimonio (p. 44). Testimonio «es el fenómeno por el cual reconocen los hombres – debido a una gracia poderosa [...]– de qué está hecha la realidad, las personas y las cosas: está hecha de Cristo y lo proclaman a todos, lo demuestran con su existencia, con la transformación de su modo de vivir» (p. 44).

Nuestra vida “merece”, es decir, adquiere su proporción ante lo eterno en la medida en que vive esta memoria de Cristo. Esta memoria educa el compromiso ineludible del cristiano al servicio de la comunidad humana, en la cultura, la economía y la política (pp. 45-46).

El resultado de esta obra es el ecumenismo y la paz (hemos sido testigos del florecimiento de este milagro muchas veces en nuestras obras, en nuestra historia; ¡qué necesarios son en esta sociedad nuestra tan dividida y debilitada por la pandemia y la guerra!).

Ecumenismo y paz: el principio de toda relación es la realización de una amistad en la que la historia humana encuentra su mejor ayuda (p. 46).

La amistad cristiana participa de la generación de un pueblo. Don Giussani lo describe así: «el acontecer de una concepción de la vida, un sentimiento de la realidad, una honestidad frente a las circunstancias, una respuesta firme frente a la provocación, conforme a una visión, a una percepción del propio destino de verdad y de felicidad» (p. 47). Esta es nuestra mayor aportación a la historia.

La violencia del poder siempre intentará destruir este pueblo, debemos tenerlo en cuenta.

Don Giussani concluye este punto afirmando que «el Misterio como misericordia queda como la última palabra, aun por encima de todos los posibles desastres de la historia» (p. 48).

#### CRISTO, VIDA DE LA VIDA

En la parte final del texto de hoy don Giussani, que había seguido los Ejercicios entre bastidores, toma directamente la palabra y responde a las preguntas “en vivo y en directo”. Son páginas extraordinarias que nos permiten retomar sintéticamente y arrojar nueva luz sobre los contenidos de las lecciones del día anterior. Os recomiendo una lectura atenta de estas páginas.

Solo me atrevo a formularos una propuesta. Entre las respuestas, hay una que es como una gran oración que hace don Giussani (en la página 59). Don Giussani desvela, como en un momento de extraordinaria confianza, qué es, quién es Cristo en su vida. Pues bien, las próximas semanas repitamos estas palabras. Repitémoslas a menudo, a poder ser todos los días. Al principio nos costará,

podremos sentir cierta vacilación, cierta sensación de artificio, pero lentamente estas palabras se abrirán paso en nosotros, se harán más sinceras y verdaderas. Porque son verdaderas y son nuestras. Son tan verdaderas para ti como lo son para don Giussani. Os las leo como el primer eslabón de una larga cadena:

«Concluyo este apunte [que culmina con palabras sobre la misericordia del Padre con nosotros y por tanto sobre el origen de nuestra tarea en la historia] sobre mis preocupaciones, diciendo [jeste fragmento me parece obra de un padre de la Iglesia!]: Cristo, este es el nombre que indica y define una realidad que he encontrado en mi vida. He encontrado: había oído hablar de él antes, de pequeño, de muchacho, etc. Podemos hacernos mayores y tener esta palabra resabida, pero mucha gente no se ha encontrado con él, no lo ha experimentado realmente como una presencia; en cambio, Cristo ha entrado en mi vida, y mi vida le ha recibido precisamente para que yo aprendiera a comprender que él es el punto neurálgico de todo, de toda mi vida. *Cristo es la vida de mi vida*. En él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que se mueve dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto. [...] Cristo, vida de la vida, certeza del destino bueno y compañía para la vida cotidiana, compañía familiar y transformadora para bien: esto representa la eficacia suya en mi vida» (p. 59).

Gracias por vuestra atención. Nunca terminaré de agradecer este don que ha acontecido en nuestra vida: «Cristo todo en todos».

### **Prosperi**

Gracias, don Filippo, por tu inmenso trabajo. Creo que nosotros también tenemos bastante trabajo que hacer.

Escuela de comunidad. Hasta los Ejercicios de la Fraternidad trabajaremos la parte de *Dar la vida por la obra de Otro* que se ha presentado esta noche: «Cristo todo en todos» (pp. 28-62). Durante los Ejercicios comunicaremos los contenidos y modalidades con las que continuará el trabajo de Escuela de comunidad a partir de mayo.

Por último, vemos juntos el Video del Cartel de Pascua, disponible en la web y en las redes sociales de CL.

*[proyección del video]*

Las frases del Cartel son del papa Francisco y don Giussani:

«Su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable. Es verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible» (Papa Francisco).

«*Cristo es la vida de mi vida*. En él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que se mueve dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto. Cristo es un hombre que vivió como todos los demás hombres hace dos mil años, pero que, tras resucitar de la muerte al ser traspasado por el poder del Misterio, de cuya naturaleza participaba, penetra en nosotros día tras día, hora tras hora, en todos nuestros actos» (Luigi Giussani).

Para terminar, quiero dar las gracias, en mi nombre y en el de todos, a monseñor Santoro por la ayuda que nos ha prestado y os deseo a todos un buen camino a la espera de la Santa Pascua.

Un saludo a todos, presentes y conectados.

*Veni Sancte Spiritus*